

sin duda este es el fin último de este diccionario monográfico, que adquiere mayores dimensiones cuando el objeto de estudio es el cubano Lezama Lima. El mismo nos lo confiesa: «oh, alma mía, intenta ya tan sólo lo imposible», y el director de esta obra, Maximino Cacheiro, y sus colaboradores siguen los dictámenes del siempre lúcido escritor.

Este diccionario de símbolos y personajes de *Paradiso y Oppiano Licario* es un estudio claro y, a la vez profundo, de los símbolos, temas y personajes de la mencionada obra, elaborada con rigor científico. En el fondo es una monografía disfrazada de formato de diccionario para una mejor consulta de la misma. También la podemos considerar como una guía de lectura de los personajes, fauna y flora y lugares geográficos que en Lezama alcanzan un halo mítico y que en esta obra se desentrañan el significado.

Desde un punto de vista pragmático resulta interesante acometer la lectura de estas obras provistos de un mediador que explique los mecanismos que operan en el universo poético lezamiano. De rápida consulta, este diccionario ofrece una ordenación en bloques temáticos que responden a los elementos más recurrentes siguiendo un orden alfabético. Es especialmente práctico el exhaustivo bloque dedicado a los personajes que aparecen en la obra de los cuales se recopilan datos

referentes a genealogía, edad, dedicatoria, momento de la muerte y causas y significación en la obra. Este último parámetro es fundamental, además de una descripción simbólica de los personajes centrales, como la que se nos propone a propósito de la famosa triada: Foción representa los instintos, los apetitos desordenados; Fronesis la sabiduría, la razón y el equilibrio y Cemí la elevación, la chispa divina, focaliza su atención en una prolija nómina de personajes periféricos que atesoran una proporción importante del bagaje filosófico de la obra. No obstante adquieren el valor de símbolo, lo cual permite que la descripción que Lezama Lima hace de ellos no tenga que ser pormenorizada, sino que con resaltar ciertos atributos físicos o morales y ubicarlos en el plano de la imagen, integrándolos en un marco sobrenatural, se convierten en portadores de una gran carga simbólica. Por esto la analogía entre el símbolo y el personaje, conceptos que pueden parecer distantes, pero que en este caso son indisolubles.

Este estudio, acompañado con un completo corpus bibliográfico, supone un primer intento abarcador a fondo, de toda la problemática de los dos libros, así como de sus dimensiones simbólicas. Y que puede ser también de suma utilidad para acceder a la comprensión cabal de su poesía altamente hermética. Aunque conviene señalar que las

dimensiones de la obra de Lezama todavía necesitan de nuevos asiduos críticos ya que este estudio no los agota todos.

**Vanesa González Álvarez
Juan Ulloa Bustinza**

Historias ocultas en la Recoleta, *María Rosa Lojo, Investigación histórica: Roberto L. Elissalde, Alfaguara, Buenos Aires, 2000, 332 páginas.*

En *Historias ocultas de la Recoleta*, la escritora argentina María Rosa Lojo configura un discurso deslumbrante por sus expresiones poéticas, preciso en su práctica idiomática, riguroso en su apreciación histórica y accesible por su acercamiento a la narrativa oral. La serie de quince armoniosos relatos, precedidos por un prólogo, se apoya no sólo en la encomiable investigación histórica de Roberto Elissalde sino también en los testimonios recogidos entre familiares, amigos y conocidos de los distintos personajes de las historias contadas.

El marco del cementerio de la Recoleta, antiguo terreno perteneciente al convento de los frailes recoletos, se convierte en la obra en ámbito propicio para jugar en esa delgada línea que separa la realidad de la ficción. El núcleo narrativo de *Historias ocultas...* lo constituye

«este espacio del imaginario porteño y nacional». En él, la visualización de los sepulcros de los personajes históricos (lugares de los cuerpos yacentes) es el umbral que permite el paso para la reconstrucción de la memoria histórica.

Las voces evocadas narran pasiones propias y ajenas. En los primeros relatos, el narrador se ubica en el lugar del yo, es personaje de la historia que cuenta. En «Vidas Paralelas», por ejemplo, María Juana Gutiérrez entrelaza recuerdos de su vida a la adversa historia de Catalina Benavídez, su antigua patrona. Mientras que en «En que lo había entregado», la voz de Pablo Arriaga sobrecoge de angustia cuando testimonia el asesinato de Francisco Álvarez consumado por sus amigos. Desde la casa de la calle Bolívar, Atanasia, la última de las Álzaga, monologa sobre la causa de su enclaustramiento. «La Casa de Luto» recoge la tragedia de ella y su familia, después del fusilamiento de Martín de Álzaga, su padre.

En otros cuentos, la voz narrativa asume la objetividad de la tercera persona del discurso histórico u oscila ambigualmente entre la primera y la tercera personas. Ambas voces convocan a otras para recorrer el itinerario del pasado, descubriendo de este modo, el misterio de sus sombras. A través de esas voces convocadas, el lector conoce a la esclava Catalina Doga, a Santos

Funes (un oscuro ordenanza de Facundo Quiroga, testigo de su asesinato) a doña Inés Indart de Dorrego, secuestrada después de su muerte. O recuerda el valor de Fortunata García; el infortunio de Rufina Cambacérès, enterrada viva el día de su cumpleaños; el suicidio de Agustina Andrade, a causa del desamor de Ramón Lista, su esposo, científico y explorador, quien se uniera a Kóila, india tehuelche. La línea cronológica desemboca cerca de nuestros días, con la historia que narra el traslado de los restos de Juan Manuel de Rosas, desde el cementerio de Southampton hasta la Recoleta, en 1989. En el Posficio, Lojo sintetiza cada uno de los episodios que dieran origen al libro.

Amores insólitos de nuestra historia, María Rosa Lojo, Buenos Aires, Alfaguara, 2001.

El título, la imagen de la tapa –una cara, un ojo semioculto que mira casi espiando– y el epígrafe debido al inefable Pedro Salinas, sumados al pronombre «nuestra» nos implican desde el vamos en este libro. El adjetivo «insólito» adelanta que la aventura por lo menos va a sorprendernos, sobre todo por su relación con la palabra «historia». Y es que María Rosa Lojo va a situarnos, con enorme delicadeza, en el terreno movedizo y ambiguo que es esa

frontera entre la historia y la ficción. Desde la encrucijada de sus relaciones mutuas y cambiantes, la cuestión de fondo planteada es la de la posibilidad misma del conocimiento, el diálogo o debate siempre abierto sobre lo «real» y su misterio.

Este debate está en la base de la mayoría de las obras de la autora y surge de su lectura. Doctora en Letras, Investigadora del CONICET y escritora, Lojo ha configurado, a través de catorce libros, una asombrosa trayectoria de estudio y producción poética, ensayística y novelesca, en el panorama literario argentino actual. La continuidad y la calidad de sus trabajos la han hecho merecedora de numerosos premios y reconocimientos.

Amores insólitos de nuestra historia está integrado por catorce cuentos, en un abanico cronológico que arranca en el siglo XVI y llega hasta los albores del último siglo. Eje vertebral de estas historias, es la relación entre el amor como ideología social y los desniveles del poder –según se declara en el prólogo que abre el libro– con la finalidad de establecer una «poética del amor» en la sociedad argentina, fuertemente ligada a nuestro *ethos* y también formadora (y por qué no transformadora) de nuestro futuro. Todos los relatos nos reclaman lecturas verticales y horizontales en el sentido del diálogo que establecen con otros textos y otras «versiones» de nuestro pasado. Hablan de amo-

res abnegados, difíciles, violentos, resignados o contradictorios que nacieron de la conjunción misma de nuestros pueblos y de las situaciones, a veces límites, de su constitución. Nos encontramos con personajes históricos mostrados en su psicología más íntima gracias a la libertad que permite rebasar los límites de la veracidad histórica para instalarnos en los reinos de la verosimilitud. El punto de partida es siempre un dato comprobable en un documento, una crónica o un libro de viajes que encierra como un capullo el reto a la invención para que lo complete.

María Rosa Lojo, partiendo del estudio y de la documentación rigurosa deja penetrar, con una mirada femenina, la imaginación que despliega lo que los polyorientos archivos esconden entre líneas y nos lo devuelve en un lenguaje ajustado, impecable y transido de poesía.

Betty Granata de Egües

Poemas, Eliseo Diego, Barcelona, Plaza & Janés editores, 2001, 102 pp.

«No es por azar que nacemos en un sitio y no en otro, sino para dar testimonio», declara Eliseo Diego en el prólogo de su libro *Voy a nombrar las cosas*. Pero esta máxima del poeta cubano, que refleja a la par una serena aceptación del mundo y

una cabal designación del oficio del poeta que trasiega como un equilibrista entre el sueño y la vigilia para agrupar los mundos complementarios de la imaginación y de la vida en el universo unificador de su palabra, no se refiere en lo absoluto a esa adhesión a la coyuntura histórica o política de su tiempo que, bajo el rótulo de poesía comprometida, trufó de homilías sociales gran parte de la poesía hispanoamericana escrita durante la segunda mitad del siglo XX, sino al deseo de estar atento a nuestra intimidad, a nuestro ser, a la forma como se dicen las cosas y a las cosas mismas, a los colores y a las sombras de nuestra tierra, a la calzada gris por donde se transita cada día, a las voces que se tornan oscuras y sordas de puro familiares y, en fin, a ese conjunto de seres, de cosas y de afectos que pueblan nuestra vida y que constituyen, en último término, el legado de lo que Dios nos dio en herencia.

«La poesía nos ayuda a atender como nos ayuda el silencio o el cariño», dice Eliseo Diego antes de empezar a nombrar las cosas. En esta antología, que recoge poemas de sus libros publicados entre 1946-1990 y en la que podemos apreciar, pese a su brevedad, una muestra de la forma pausada y clara como sus versos se acercan al misterio con palabras de una pureza inicial, que mana de la misma fuente de Garcilaso y de San Juan de la Cruz y que nos revela la maravilla de lo coti-